

-Pues hay que preocuparse; se vive en el mundo.

-¿Y qué más da que lo conozcan...? ¿O es que no le gusta a usted, madre, que sepan que va para abuela? -añadió con sorna.

Helena se escocía al oír la palabra odiosa: abuela, pero se contuvo.

-Pues mira, lo que es por edad... -dijo picada.

-Sí, por edad podía usted ser madre de nuevo -repuso la nuera, hiriéndola en lo vivo.

-Claro, claro -dijo Helena, sofocada y sorprendida, inerte por el brusco ataque-. Pero eso de que se te queden mirando...

-No, esté tranquila, pues a usted es más bien a la que miran. Se acuerdan de aquel magnífico retrato, de aquella obra de arte...

-Pues yo en tu caso... -empezó la suegra.

-Usted en mi caso, madre, y si pudiese acompañarme en mi estado mismo, ¿entonces? -Mira, niña, si sigues así nos volvemos en seguida y no vuelvo a salir contigo ni a pisar tu casa..., es decir, la de tu padre.

-¡La mía, señora, la mía, y la de mi marido y la de usted!...

-¿Pero de dónde has sacado ese geniecillo, niña?

-¿Geniecillo? ¡Ah, sí, el genio es de otros!

-Miren, miren la mosquita muerta..., la que se iba a ir monja antes de que su padre le pescase a mi hijo...

-Le he dicho a usted ya, señora, que no vuelva a mentarme eso. Yo sé lo que me hice.

-Y mi hijo también.

-Sí, sabe también lo que se hizo, y no hablemos más de ello.

XXXIV

Y vino al mundo el hijo de Abel y de Joaquina, en quien se mezclaron las sangres de Abel Sánchez y de Joaquín Monegro.

La primer batalla fue la del nombre que había de ponérsele; su madre quería que Joaquín; Helena, que Abel, y Abel su hijo, Abelín y Antonia remitieron la

decisión a Joaquín, que sería quien le diese nombre. Y fue un combate en el alma de Monegro. Un acto tan sencillo como es dar nombre a un hombre nuevo, tomaba para él tamaño de algo agorero, de un sortilegio fatídico. Era como si se decidiera el porvenir del nuevo espíritu.

«Joaquín -se decía este-, Joaquín, sí, como yo, y luego será Joaquín S. Monegro y hasta borraré la ese, la ese a que se le reducirá ese odioso Sánchez, y desaparecerá su nombre, el de su hijo, y su linaje quedará anegado en el mío... Pero ¿no es mejor que sea Abel Monegro, Abel S. Monegro, y se redima así el Abel? Abel es su abuelo, pero Abel es también su padre, mi yerno, mi hijo, que ya es mío, un Abel mío, que he hecho yo. ¿Y qué más da que se llame Abel si él, el otro, su otro abuelo, no será Abel ni nadie le conocerá por tal, sino será como yo le llame en las Memorias, con el nombre con que yo le marque en la frente con fuego? Pero no.»

Y, mientras así dudaba, fue Abel Sánchez, el pintor, quien decidió la cuestión, diciendo:

-Que se llame Joaquín. Abel el abuelo, Abel el padre, Abel el hijo, tres Abeles..., ¡son muchos! Además, no me gusta, es nombre de víctima...

-Pues bien dejaste ponérselo a tu hijo -objetó Helena.

-Sí, fue un empeño tuyo, y por no oponerme... Pero figúrate que en vez de haberse dedicado a médico se dedica a pintor, pues... Abel Sánchez el Viejo y Abel Sánchez el Joven...

-Y Abel Sánchez no puede ser más que uno -añadió Joaquín sotorriéndose.

-Por mí que haya ciento -replicó aquel-. Yo siempre he de ser yo.

-¿Y quién lo duda? -dijo su amigo.

-¡Nada, nada, que se llame Joaquín, decidido!

-Y que no se dedique a la pintura, ¿eh?

-Ni a la medicina -concluyó Abel, fingiendo seguir la fingida broma.

Y Joaquín se llamó el niño.

XXXV

Tomaba al niño su abuela Antonia, que era quien le cuidaba, y apechugándolo como para ampararlo y cual si presintiese alguna desgracia, le decía:

«Duerme, hijo mío, duerme, que cuanto más duermas mejor. Así crecerás sano y fuerte. Y luego también, mejor dormido que despierto, sobre todo en esta casa. ¿Qué va a ser de ti? ¡Dios quiera que no riñan en ti dos sangres!» Y dormido el niño, ella, teniéndole en brazos, rezaba y rezaba.

Y el niño crecía a la par que la Confesión y las Memorias de su abuelo de madre y que la fama de pintor de su abuelo de padre. Pues nunca fue más grande la reputación de Abel que en este tiempo. El cual, por su parte, parecía preocuparse muy poco de toda otra cosa que no fuese su reputación.

Una vez se fijó más intensamente en el nietecillo, y fue al verle una mañana dormido, exclamó: «¡Qué precioso apunte!» Y tomando un álbum se puso a hacer un bosquejo a lápiz del niño dormido.

-¡Qué lástima! -exclamó- no tener aquí mi paleta y mis colores! Ese juego de la luz en la mejilla, que parece como de melocotón, es encantador. ¡Y el color del pelo! ¡Si parecen rayos de sol los rizos!

-Y luego -le dijo Joaquín-, ¿cómo llamarías al cuadro? ¿Inocencia? -Eso de poner títulos a los cuadros se queda para los literatos, como para los médicos el poner nombres a las enfermedades, aunque no se curen.

-¿Y quién te ha dicho, Abel, que sea lo propio de la medicina curar las enfermedades?

-Entonces, ¿qué es?

-Conocerlas. El fin de la ciencia es conocer.

-Yo creí que conocer para curar. ¿De qué nos serviría haber probado del fruto de la ciencia del bien y del mal si no era para librarnos de este?

-Y el fin del arte, ¿cuál es? ¿Cuál es el fin de ese dibujo de nuestro nieto que acabas de hacer?

-Eso tiene su fin en sí. Es una cosa bonita y basta.

-¿Qué es lo bonito? ¿Tu dibujo o nuestro nieto?

-¡Los dos!

-¿Acaso crees que tu dibujo es más hermoso que él, que Joaquinito?

-¡Ya estás en las tuyas! ¡Joaquín, Joaquín!

Y vino Antonia, la abuela, y cogió al niño de la cuna y se lo llevó como para defenderle de uno y de otro abuelo. Y le decía: «¡Ay, hijo, hijito, hijo mío, corderito de Dios, sol de la casa, angelito sin culpa, que no te retraten, que no te curen! ¡No seas modelo de pintor, no seas enfermo de médico!... ¡Déjales,

déjales con su arte y con su ciencia y vente con tu abuelita, tú, vida mía, vida, vidita, vidita mía! Tú eres mi vida; tú eres nuestra vida; tú eres el sol de esta casa. Yo te enseñaré a rezar por tus abuelos y Dios te oirá. ¡Vente conmigo, vidita, vida, corderito sin mancha, corderito de Dios!» Y no quiso Antonia ver el apunte de Abel.

XXXVI

Joaquín seguía con su enfermiza ansiedad el crecimiento en cuerpo y en espíritu de su nieto Joaquinito. ¿A quién salía? ¿A quién se parecía? ¿De qué sangre era? Sobre todo cuando empezó a balbucir.

Desasosegábale al abuelo que el otro abuelo, Abel, desde que tuvo el nieto, frecuentaba la casa de su hijo y hacía que le llevasen a la suya el pequeñuelo. Aquel grandísimo egoísta -por tal le tenían su hijo y su consuegro- parecía ablandarse de corazón y aun aññarse ante el niño. Solía ir a hacerle dibujos, lo que encantaba a la criatura. «¡Abelito, santos!», le pedía. Y Abel no se cansaba de dibujarle perros, gatos, caballos, toros, figuras humanas. Ya le pedía un jinete, ya dos chicos haciendo cachetina, ya un niño corriendo de un perro que le sigue, y que las escenas se repitiesen.

-En mi vida he trabajado con más gusto -decía Abel-; ¡esto, esto es arte puro y lo demás... chanfaina!

-Puedes hacer un álbum de dibujos para los niños -le dijo Joaquín.

-¡No, así no tiene gracia; para los niños... no! Eso no sería arte, sino...

-Pedagogía -dijo Joaquín.

-Eso sí, sea lo que fuere, pero arte, no. Esto es arte, esto; estos dibujos que dentro de media hora romperá nuestro nieto.

-¿Y si yo los guardase? -preguntó Joaquín.

-¿Guardarlos? ¿Para qué?

-Para tu gloria. He oído de no sé qué pintor de fama que se han publicado los dibujos que les hacía, para divertirlos, a sus hijos, y que son lo mejor de él.

-Yo no los hago para que los publiquen luego, ¿entiendes? Y en cuanto a eso de la gloria, que es una de tus reticencias, Joaquín, sábetete que no se me da un camino de ella.

-¡Hipócrita! Si es lo único que de veras te preocupa...

-¿Lo único? Parece mentira que me lo digas ahora. Hoy lo que me preocupa es este niño. ¡Y será un gran artista! -Que herede tu genio, ¿no?

-¡Y el tuyo!

El niño miraba sin comprender el duelo entre sus dos abuelos, pero adivinando algo en sus actitudes.

-¿Qué le pasa a mi padre -preguntaba a Joaquín su yerno-, que está chocho con el nieto, él que apenas nunca me hizo caso? Ni recuerdo que siendo yo niño me hiciese esos dibujos...

-Es que vamos para viejos, hijo -le respondió Joaquín- y la vejez enseña mucho.

-Y hasta el otro día, a no sé qué pregunta del niño, le vi llorar. Es decir, le salieron las lágrimas. Las primeras que le he visto.

-¡Bah! ¡Eso es cardíaco!

-¿Cómo?

-Que tu padre está ya gastado por los años y el trabajo y por el esfuerzo de la inspiración artística y por las emociones, que tiene muy mermadas las reservas del corazón y que el mejor día...

-¿Qué?

-Os da, es decir, nos da un susto. Y me alegro que haya llegado ocasión de decírtelo, aunque ya pensaba en ello. Advérteselo a Helena, a tu madre.

-Sí, él se queja de fatiga, de disnea, ¿será...?

-Eso es. Me ha hecho que le reconozca sin saberlo tú, y le he reconocido. Necesita cuidado.

Y así era que en cuanto se encrudecía el tiempo Abel se quedaba en casa y hacía que le llevasen a ella el nieto, lo que amargaba para todo el día al otro abuelo. «Me lo está mimando -decía Joaquín-, quiere arrebatarme su cariño; quiere ser el primero; quiere vengarse de lo de su hijo. Sí, sí, es por venganza, nada más que por venganza. Quiere quitarme este último consuelo. Vuelve a ser él, él, él, que me quitaba los amigos cuando éramos mozos.»

Y en tanto Abel le repetía al nietecito que quisiera mucho al abuelito Joaquín.

-Te quiero más a ti -le dijo una vez el nieto.

-¡Pues no! No debes quererme a mí más; hay que querer a todos igual. Primero

a papá y a mamá y luego a los abuelos y a todos lo mismo. El abuelito Joaquín es muy bueno, te quiere mucho, te compra juguetes...

-También tú me los compras...

-Te cuenta cuentos...

-Me gustan más los dibujos que tú me haces... ¡Anda, píntame un toro y un picador a caballo!

XXXVII

-Mira, Abel -le dijo solemnemente Joaquín así que se encontraron solos;- vengo a hablarte de una cosa grave, muy grave, de una cuestión de vida o muerte.

-¿De mi enfermedad?

-No; pero si quieres de la mía.

-¿De la tuya?

-De la mía, ¡sí! Vengo a hablarte de nuestro nieto. Y para no andar con rodeos es menester que te vayas, que te alejes, que nos pierdas de vista; te lo ruego, te lo suplico...

-¿Yo? ¿Pero estás loco, Joaquín? ¿Y por qué?

-El niño te quiere a ti más que a mí. Esto es claro. Yo no sé lo que haces con él..., no quiero saberlo...

-Lo aojaré o le daré algún bebedizo, sin duda...

-No lo sé. Le haces esos dibujos, esos malditos dibujos, le entretienes con las artes perversas de tu maldito arte...

-Ah, ¿pero eso también es malo? Tú no estás bueno, Joaquín.

-Puede ser que no esté bueno, pero eso no importa ya. No estoy en edad de curarme. Y si estoy malo debes respetarme. Mira, Abel, que me amargaste la juventud, que me has perseguido la vida toda...

-¿Yo?

-Sí, tú, tú.

-Pues lo ignoraba.